

DARÍO LÓPEZ R.

Prólogo por
Nancy E. Bedford

DISCÍPULAS DE JESÚS

De invisibilizadas
a protagonistas



DARÍO LÓPEZ R.

DISCÍPULAS DE JESÚS

De invisibilizadas
a **protagonistas**



A las mujeres pentecostales de la Patria Grande, herederas de las discípulas galileas resplandecientes, primicias del reino de vida.

A Ida, ayacuchana combativa que, como parte del pueblo de a pie, ama y sirve al Dios de la vida siguiendo el ejemplo de las discípulas galileas.

Contenido

Mujer del sur	9
Prólogo	11
Introducción	13
<i>Capítulo 1. Las bravas discípulas galileas. La horizontalidad de la comunidad de Jesús.</i>	21
• Introducción	
• El testimonio de los evangelios	
• Las mujeres en el Evangelio de Lucas	
• Las lecciones pastorales, teológicas y misionales	
<i>Capítulo 2. Mujeres, sociedad y política. María de Galilea como paradigma de espiritualidad integral</i>	41
• Introducción	
• María de Galilea	
• Una mujer creyente	
• Una madre ejemplar	
• Una discípula consecuente	
• Una espiritualidad integral	
<i>Capítulo 3. María de Magdala. Discípula y apóstol</i>	55
• Introducción	
• María Magdalena: discípula y colaboradora de Jesús y de la comunidad de Jesús	
• María Magdalena: testigo de la crucifixión y mensajera de la resurrección	
• María Magdalena: modelo de seguimiento a Jesús	
<i>Capítulo 4. Elisabet. Teóloga del pueblo de a pie</i>	65
<i>Capítulo 5. Elisabet. Teóloga del Espíritu</i>	69
<i>Capítulo 6. Ana. Teóloga de la liberación</i>	73

<i>Capítulo 7.</i> Dorcas. Discípula, mujer emprendedora y misionera	75
• Introducción	
• Una discípula ejemplar	
• Una mujer emprendedora	
• Una misionera cristiana	
<i>Capítulo 8.</i> Las mujeres en las comunidades paulinas. Discípulas, colaboradoras y líderes visibles.	81
• Introducción	
• El problema	
• La evidencia bíblica	
• Las lecciones para nosotros	
<i>Capítulo 9.</i> Febe. Discípula y diaconisa	101
• Introducción	
• Una discípula confiable y generosa	
• Una mujer con un liderazgo visible	
<i>Capítulo 10.</i> Priscila. Discípula, líder y misionera.	109
• Introducción	
• Una discípula comprometida con Cristo	
• Una mujer con un liderazgo visible	
• Una misionera cristiana	
<i>Capítulo 11.</i> Evodia y Síntique. Tensiones en el liderazgo	117
• Introducción	
• Tensiones internas	
• Una pastoral saludable	
• La comunidad cristiana en acción	
<i>Capítulo 12.</i> Mujeres, pobreza y liberación. La impronta movilizadora y transformadora del evangelio	123
• Introducción	
• De vecinas a ciudadanas: las mujeres pentecostales en la plaza pública	
• Mujeres pentecostales y democracia en América Latina	
• Mujeres evangélicas, democracia y justicia social	
• Para seguir pensando	
<i>Capítulo 13.</i> El papel de las mujeres en la misión de Dios. La práctica liberadora de Jesús desde la perspectiva lucana	157
<i>Capítulo 14.</i> Amigo de la vida. Lucas 1.5–25	163
<i>Capítulo 15.</i> ¡Cosas de mujeres! Lucas 1.39–45	167
<i>Capítulo 16.</i> ¡Pura vida! Juan 11.17–27	171
<i>Capítulo 17.</i> ¡Flor de retama! A una ayacuchana respondona	173
Bibliografía.	179

Mujer del sur

Amiga:

Las historias comunes se tejen en el encuentro con la vida. Comienzan cuando nos despojamos de todo lo que nos ata a la antvida. Se tejen cuando se tiene el coraje de no esconderse en los silencios que asesinan la conciencia y mutilan las palabras.

Tú tienes la fuerza insobornable de los que aman la vida. Te acompaña la imaginación profética de los que construyen surcos de justicia. La voz incansable de los que militan en la vereda de la libertad plena. Una mirada firme que denuncia las violencias visibles y ocultas del patriarcalismo social, cultural y religioso que cosifica a las mujeres.

Te acompaña una sonrisa sincera como la de los pobres de la tierra, una sonrisa que invita a un compromiso con la vida y la justicia del reino.

Sigues así el ejemplo del Carpintero galileo que jalona tu peregrinaje, acompañada de otros militantes, mientras siembras vida, alegría y esperanza para todos.

Prólogo

Este libro de Darío López es una preciosa carta de amor y agradecimiento dirigida a las mujeres pentecostales andinas en su camino de seguimiento a Jesús. A quienes, guiadas por la fuerza del Espíritu, echan luz en el papel protagónico de las mujeres galileas que acompañaron a Cristo y también en el de aquellas que fueron parte de la iglesia primitiva. Se trata de la presentación de una realidad que salta a la vista de los que tienen ojos para ver y oídos para oír las buenas nuevas en su sentido más integral.

Las mujeres del Nuevo Testamento del título —discípulas y colaboradoras de Jesús, beneficiarias de su evangelio— nos ayudan a dar cuenta de las mujeres que hoy experimentan el camino liberador de Cristo. La gran contribución de este libro es precisamente acompañarnos y guiarnos con un paso certero y alegre por la espiral hermenéutica entre ese entonces y el ahora, entre el Nuevo Testamento y nuestra realidad cotidiana, entre las discípulas de la Biblia y las discípulas latinoamericanas de la actualidad.

Por muchos motivos que se relacionan más con el poder y la conveniencia de unos pocos que con el mensaje transformador del Galileo, el protagonismo de las mujeres del Nuevo Testamento —y, por ende, el de las discípulas actuales— ha sido invisibilizado en la predicación y la enseñanza, así como en la teología y la ética de muchas de nuestras iglesias. De este modo, se han utilizado versículos aislados fuera de sus contextos para desvirtuar el mensaje liberador de Jesús y sus implicancias para las mujeres, muchas veces con el propósito de callarlas, ningunearlas y desmerecerlas, o bien para atraparlas en halagos abstractos que poco se relacionan con sus luchas diarias. Con su cuidadosa lectura del Nuevo Testamento, Darío López demuestra

que la tendencia hermenéutica de invisibilizar el protagonismo de las mujeres, en cuanto discípulas de Jesús y líderes en su movimiento, no solamente es un error de interpretación, sino una traición a la buena noticia del evangelio y una herida abierta que reclama atención.

Urge, entonces, para aprender de ellas, escuchar el testimonio de las discípulas de Jesús, tanto las de ayer en Galilea y Asia Menor como las de hoy en Ayacucho, quienes nos muestran cómo nuestras iglesias pueden transformarse en espacios de vida abundante. Nuestras abuelas, madres y hermanas en la fe nos desafían a imaginar iglesias solidarias y una pastoral comprometida con las luchas reales y cotidianas de nuestros pueblos.

Este libro, de la mano de las mujeres que lo inspiran, nos remite al Nuevo Testamento. Nos ayuda a redescubrirlo, ya no como instrumento de control o de odio o como excusa para acallar y ningunear, ni como un texto donde solamente unos pocos tienen relevancia, sino como lo que es verdaderamente: el testimonio y el reflejo de una buena noticia que nos transforma y nos da vida.

Nancy Elizabeth Bedford

Introducción

Desde el reverso de la historia

*Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes.
A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos.*
(Lc 1.52-53)

Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio. (Lc 7.22)

La historia temprana del pentecostalismo da testimonio de que, desde un inicio, fue un sujeto religioso que emergió desde el reverso de la historia, desde la cuna de los desheredados del mundo, desde el rincón de los ninguneados de la sociedad. El pentecostalismo fue heredero directo y seguía el surco de la impronta movilizadora y transformadora del movimiento de Jesús y de las primeras comunidades de discípulos. Germinó entre los pobres, los oprimidos y los explotados, como las bravas mujeres galileas que, siguiendo a Jesús el galileo, pusieron en tela de juicio a la sociedad patriarcal de su tiempo, una sociedad excluyente que invisibilizaba a las mujeres tratándolas como desperdicio social, cultural y religioso.

Las mujeres pentecostales tienen esa impronta. Ellas encontraron en la comunidad pentecostal una comunidad de iguales, una comunidad de hermanos y amigos, una comunidad en la que las relaciones mujer-hombre, hombre-mujer eran horizontales, y en las que ellas tenían voz

propia e igualdad de oportunidades. Precisamente, todo lo que en las sociedades estamentales de los países del sur en los que se asentó el pentecostalismo se les negaba o regateaba impunemente. La comunidad pentecostal, siguiendo el surco labrado por Jesús y expresado en la presencia visible de las discípulas galileas respondonas, les dio voz, las visibilizó, las resucitó socialmente y las convirtió en protagonistas dentro de las sociedades patriarcales que las tenían como ripio social, material de relleno o piezas descartables.

A quienes todavía tienen reparos para aceptar y reconocer esta realidad, habría que decirles que bastaría prestar atención a la información que nos proporciona el Nuevo Testamento sobre la comunidad de Jesús y las primeras comunidades cristianas para darse cuenta de que, desde su surgimiento en el primer siglo, el protagonismo de las mujeres fue central para el avance del testimonio cristiano en distintas fronteras sociales, culturales y religiosas.¹

Por ejemplo, sobre la participación y el protagonismo de las mujeres en la comunidad de Jesús y en las primeras comunidades de discípulos, se afirma:

El Nuevo Testamento nos informa acerca de las mujeres que trabajaban en la evangelización, actuaban como anfitrionas en nombre de la iglesia ofreciendo sus propios hogares, profetizaban y hablaban en lenguas y actuaban como diaconisas. Esta prominencia de las mujeres prosiguió [...] durante el siglo II. A veces se ejercía hablando en público, a veces por medio del martirio. Las predicaciones de Maximilla, de Tecla o de las cuatro hijas de Felipe el evangelista, tuvieron una fuerza que no se puede negar [...]. Los *Hechos de Pablo y de Tecla*, tal como lo tenemos, son puro romance; pero la figura de una mujer predicando, bautizando y siendo martirizada por su fe no es mero fruto de la imaginación. (Green 1979: 35)

¹ Al respecto se dice que uno «de los hechos más notables de la historia de las religiones es el entusiasmo por evangelizar que caracterizó a los cristianos primitivos. Eran hombres y mujeres de todo rango social y edad, de todos los países del mundo conocido, tan convencidos de que habían encontrado la esencia del universo, tan seguros del único Dios verdadero que habían llegado a conocer, que nada debía impedirles transmitir a otros esas buenas nuevas» (Green 1979: 79).

Se acentúa, además, lo siguiente:

En la búsqueda de esta prominencia de las mujeres podemos remontarnos hasta el ministerio de Jesús, quien atrajo a muchas de ellas, haciéndolas participar en su movimiento, y ellas se mostraron consagradas y constantes en su lealtad hacia él. Sus discípulas estuvieron presentes en la crucifixión; manos femeninas ayudaron a José de Arimatea a colocar a Jesús dentro del sepulcro. Ellas estuvieron en el primer día de la pascua y las subsiguientes semanas de espera en Jerusalén. Ellas hicieron acto de presencia el día de Pentecostés, y en la casa de una mujer tuvo su sede la jefatura de la iglesia de Jerusalén. Un vistazo al libro de Hechos confirmará esta impresión en cuanto al importante rol desempeñado por las mujeres en la difusión del evangelio: Dorcas, Priscila, las cuatro profetisas, hijas de Felipe, cuya fama se divulgó en el siglo II, las mujeres de la clase alta de Berea y Tesalónica y otras. Las Epístolas nos ponen frente a una diaconisa, posiblemente hasta una mujer apóstol [Junias]. Ocho de las veintiséis personas mencionadas en las saluciones de Romanos 16 son mujeres, y las rivalidades entre las obreras cristianas dedicadas al evangelismo se censuran en Filipenses 4. El papel desempeñado por las mujeres es aún más notable si se tiene en cuenta que tanto los círculos judíos como los paganos constituían mayormente un mundillo masculino. Era muy fácil burlarse de las «estúpidas mujeres» que chismorreaban acerca del cristianismo en los cuartos de lavado; pero pese a ello estas mismas mujeres se contaban entre los más fructíferos evangelistas. (Green 1979: 32–33)

Entre las mujeres que se relacionaron con el movimiento de Jesús y participaron visiblemente en él, destacan, en primer lugar, las galileas que lo seguían y servían (Lc 8.1–3; 23.49; Mr 15.41). Ellas estuvieron con Él hasta el final, acompañándolo al pie de la cruz (Mt 28.55–56; Mr 15.40–41; Lc 23.49; Jn 19.25) y fueron las primeras testigos de su resurrección (Mt 28.1; Mr 16.1; Lc 24.1–10; Jn 20.1). Los cuatro evangelios, unánimemente, dan testimonio de que María Magdalena fue la más notoria entre ellas. Marta y María, hermanas de Lázaro, se cuentan también entre las discípulas de Jesús (Lc 10.38–42; Jn 11.17–27), así

como la madre de Juan Marcos, en cuya casa de Jerusalén se reunían los primeros discípulos (Hch 12.12).

Cuando la buena noticia de la salvación se fue expandiendo a lo largo del Imperio romano, según se registra en Hechos de los Apóstoles, las mujeres estuvieron en primera línea como discípulas, colaboradoras, misioneras y activistas en favor de los sectores menos favorecidos (como Dorcas o Tabita). En el libro mencionado, sobresalen como discípulas destacadas Dorcas, Priscila, Lidia y las hijas de Felipe, así como las mujeres de Berea y Tesalónica, entre otras, cuyos nombres no están registrados y que contribuyeron directamente en la expansión del mensaje acerca de Jesús en distintos contextos y entre diversos públicos.

El apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos se refiere, además, con nombre propio, a ocho mujeres discípulas, mencionando alguna característica particular respecto a cada una de ellas (Febe, Priscila, María, Trifena, Trifosa, Pérsida, la madre de Rufo, Julia).² Por ejemplo, dice: «Saludad a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros» (Ro 16.6). Y en su Epístola a los Filipenses, menciona a Evodia y Síntique como dos de sus colaboradoras cercanas en el anuncio de la buena noticia: «... que combatieron juntamente conmigo en el evangelio [...]» (Fil 4.3).

Destacan también en los primeros años de la expansión del movimiento de Jesús, mártires de la fe cristiana como Perpetua y Blandina, cuyo ejemplo de vida motivó la incorporación de más personas a la naciente comunidad cristiana. Del testimonio de vida de Perpetua,³ una aristócrata convertida a la fe cristiana, y de otras mujeres, se expresa:

La consagración casi sobrehumana de la cual las primeras mujeres cristianas eran capaces está ilustrada por los relatos de algunos martirios. La Pasión de Perpetua es una de las joyas de

² Incluso se podría añadir a esta relación de mujeres a Junias (Ro 16.7), quien, probablemente, fue una mujer apóstol.

³ Sobre esta mártir cristiana se menciona además que el «relato de Perpetua, cuyo carácter autobiográfico no ha sido nunca puesto seriamente en duda, nos ofrece el primer testimonio personal de un mártir sobre su vida interior. No oímos ya a un historiador, sino a la propia interesada. Este diario atestigua una vida de oración intensa [...]» (Hamman 1967: 583).

la literatura cristiana primitiva. A la edad de 22 años, casada el año anterior y con una criatura en las entrañas, Perpetua fue martirizada en Cartago a causa de su fe en el año 203 d. C. [...]. Su padre lo intentó todo con el propósito de lograr que se retractara [...]. Ella se mantuvo firme y con valerosa dignidad fue al encuentro de su muerte. Bien podemos imaginar el efecto de tal devoción a Cristo. (Green 1979: 37)

Además de Perpetua, Blandina, una esclava convertida a la fe cristiana, selló con su vida el compromiso firme que tenía con su Señor Jesús:

Un cuarto de siglo antes, la joven esclava gala Blandina murió mostrando tanto valor y fidelidad como Perpetua, la aristocrática dama africana. La conmovedora historia narrada por un testigo ocular, en Viena, en el año 177 d. C., y su carta fue reproducida íntegramente por Eusebio [...]. Torturada con cruel refinamiento, Blandina serenamente declaró: «Soy una mujer cristiana y nada malo ocurre entre nosotros». Colocada sobre instrumentos de tortura, arrojada a las fieras de la arena, obligada a presenciar la muerte de otras compañeras cristianas, sometida a la estaca, esta notable niña [...] finalmente, encontró la muerte al ser introducida en una red y embestida por un toro. Su ejemplo llevó a Ponticus, un muchacho de quince años a enfrentar el martirio, al tiempo que oraba, amante y persistente, por sus perseguidores. (Green 1979: 37–38)

Acerca de Blandina, de su historicidad y de la textura de compromiso cristiano, se puntualiza:

Eusebio nos ha conservado en su *Historia eclesiástica* la mayor parte de la carta que las iglesias de Lyon y Viena dirigieron a los hermanos de Asia y Frigia [...] se nos describe en ella el martirio de cierto número de cristianos acaecido el año 177 [...] Blandina aparece no solamente como una imagen de Cristo crucificado, sino como una oración viva, la oración encarnada. «No cesaba de orar con fuerte voz». (Hamman 1967: 578–579)

Aparte de Perpetua y Blandina, Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, registra también el martirio de la doncella Potamiana, en Alejandría el

año 202. Sobre su fe y su compasión cristiana, puntualiza que Potamiana expresó lo siguiente acerca del soldado encargado de conducirla al martirio y que la defendió de la muchedumbre: «Conmovida por esta simpatía, anima al soldado a que tenga confianza; ella rogará por él cuando se halle cerca de su señor y le pagará sin tardanza su noble actitud» (Hamman 1967: 582).

Teniendo en cuenta estos testimonios, sería difícil negar el protagonismo que tuvieron las mujeres tanto en el movimiento de Jesús como en el establecimiento de las primeras comunidades cristianas en distintas ciudades y regiones del Imperio romano. Ellas fueron discípulas, misioneras, mártires y pregoneras de la buena noticia de salvación, dentro y fuera de sus hogares. De estas mujeres, de su compromiso cristiano, de la textura de su testimonio, de su calidad de vida ejemplar, se subraya:

Si mujeres como éstas eran típicas a través de todos los variados estratos sociales de la iglesia, no debe causar sorpresa alguna que el evangelio derrotase los enormes obstáculos que se oponían a su paso y comenzase a conquistar al Imperio Romano. (Green 1979: 38)

Las mujeres pentecostales son herederas de esta larga tradición cristiana de compromiso inquebrantable con el Dios de la vida. Ellas, como las mujeres del movimiento de Jesús y las mártires de la fe cristiana en los primeros siglos, tienen también un compromiso inquebrantable con el Señor que las liberó de las opresiones que las cosificaban y que las mantenían postradas como cosas descartables antes de su encuentro con el Dios de la vida. Esto explica su compromiso con la vida y la justicia, su solidaridad con quienes sufren distintas formas de violencia, visible o disfrazada, su terca apuesta por una sociedad en la que no exista ninguna forma de injusticia institucionalizada.

De las mujeres pentecostales como protagonistas, antes que simple material de relleno o personajes anecdóticos, se enfatiza:

Las mujeres han desempeñado un papel preponderante en el origen y desenvolvimiento del pentecostalismo, como pastoras, evangelistas, fundadoras de iglesias y misioneras. El pentecostalismo autóctono no hubiera sobrevivido sin el liderazgo

femenino, especialmente de *la misionera* (de la iglesia local), siempre presente en el culto y en la visita a hogares y hospitales. (Villafañe 1996: 116)

¡Así ha sido y así es actualmente! Las mujeres pentecostales son la avanzada social y misionera de estas iglesias. Ellas son las que comienzan las escuelas dominicales y los cultos en casas, las que reúnen fondos para la compra de terrenos o para mejorar la infraestructura de los templos, las que comienzan nuevas congregaciones, las que inician programas sociales de atención a personas vulnerables (niños, viudas, ancianos, madres solteras, etc.). ¡Siempre estuvieron y están en primera línea! La impronta pentecostal, su fuerza movilizadora y transformadora, genera así, entre las mujeres pobres y ninguneadas del sur del mundo, un capital social y político que coadyuva al fortalecimiento de la democracia y a una revaloración del testimonio cristiano en la plaza pública. ¡Benditas sean las mujeres!

Las bravas discípulas galileas

La horizontalidad de la comunidad de Jesús

El resultado de la actitud de Jesús fue que las mujeres se volcaron sobre él; como vemos por la historia de la pasión, las mujeres le mostraron a Jesús una fidelidad de la que sus discípulos [hombres] no fueron capaces. (Jeremias 2009: 265)

Introducción

En la sociedad patriarcal del primer siglo las mujeres estaban consideradas como propiedad de sus padres o esposos,⁴ como descartables, infravaloradas, prescindibles y de escaso valor. Las mujeres, como los samaritanos y los cobradores de impuestos, formaban parte de la basura social desechable o del desperdicio humano que podía ser expectorado cada vez que los poderosos así lo decidieran. La mujer no participaba en la vida pública y «debían pasar en público inadvertidas» (Jeremias 2000: 449–450). En la sociedad judía y en la griega y romana en menor medida:

⁴ En aquel tiempo «la mujer, hasta su matrimonio estaba bajo el poder absoluto de su padre, que podía llegar incluso a venderla como esclava mientras no hubiese cumplido los doce años, con lo que el matrimonio suponía para la mujer un simple cambio de dueño; la obediencia al marido era un deber religioso, y las obligaciones que asumía la mujer la convertían en una verdadera sirvienta del esposo» (Bautista 1993: 33).

Este libro de Darío López es una preciosa carta de amor y agradecimiento dirigida a las mujeres pentecostales andinas que han seguido y siguen a Jesús.

En su camino de seguimiento a Cristo por la fuerza del Espíritu, las mujeres pentecostales andinas iluminan el papel protagónico que en la iglesia primitiva tuvieron las mujeres galileas que acompañaban a Jesús. A su vez, las mujeres del Nuevo Testamento del título —discípulas y colaboradoras de Jesús, beneficiarias de su evangelio— alumbran el rol que cumplen las mujeres que hoy experimentan el camino liberador de Jesús.

La gran contribución de este libro es precisamente acompañarnos y guiarnos, con un paso certero y alegre, por la espiral hermenéutica entre el entonces y el ahora, entre el Nuevo Testamento y nuestra realidad cotidiana, entre las discípulas de la Biblia y las discípulas latinoamericanas de la actualidad.



Darío López Rodríguez obtuvo su doctorado (PhD) en el Oxford Centre for Mission Studies, Oxford (Reino Unido). Ha sido miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Bíblica Peruana y presidente del Concilio Nacional Evangélico del Perú (CONEP) en varios periodos. Asimismo, se ha desempeñado como profesor en varias instituciones de educación teológica en Estados Unidos, América Latina y el Caribe de habla hispana.

Es miembro de la Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL) y pastor de la Iglesia Monte Sinaí en Villa María del Triunfo (Lima) de la Iglesia de Dios del Perú. Es autor de varios libros, entre ellos, ***La misión liberadora de Jesús; La fiesta del Espíritu; La propuesta política del reino de Dios; Pentecostalismo y misión integral; La política del Espíritu: espiritualidad, ética y política; y El mensaje de los profetas: una verdad pública.***



ISBN 978-612-5026-27-9



9 786125 026279